

# Formación y creación de conocimiento:

*desafío ético y estético*

Jennifer Andrea Zapata Valencia  
Henry Horacio Chaves Parra  
Román Eduardo Castañeda Sepúlveda

Jennifer Andrea Zapata Valencia (Colombia, 1985-v.)

Licenciada en Educación de la Universidad de Antioquia y Magíster en Ciencias del Instituto Tecnológico Metropolitano. Docente de cátedra de la Universidad Nacional de Colombia y profesional de la Dirección Académica de la Sede Medellín. Autora de algunos artículos.

Henry Horacio Chaves Parra (Colombia, 1967-v.)

Comunicador Social-Periodista, Especialista en Estudios Políticos y Magíster en Comunicaciones de la Universidad de Antioquia. Fue presidente de la junta directiva de Teleantioquia y gerente de Telemedellín, Gerente de Comunicaciones de la Gobernación de Antioquia y presidente de la junta directiva del Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia. Actual coordinador de la Red Cultural de la Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín. Autor de algunos artículos y columnas periodísticas.

Román Eduardo Castañeda Sepúlveda (Colombia, 1956-v.)

Físico y Magíster en Física de la Universidad de Antioquia. Doctor en Ciencias Naturales de la Universidad Técnica de Berlín, Alemania. Profesor Titular de la Universidad Nacional de Colombia. Miembro de Número de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas Físicas y Naturales. Autor de un libro, varios capítulos y más de cien artículos. Acreedor de los premios Obra Integral de un Científico, de la Academia de Ciencias, y Una Vida Dedicada a la Investigación, de la Alcaldía de Medellín.



## Resumen

**E**n su temporada 2024-01, titulada “Aptitud es cuestión de Actitud”, la Cátedra Saberes con Sabor<sup>1</sup> abordó las brechas entre el conocimiento científico y los valores que compartimos como sociedad. ¿Le corresponde a la universidad responsabilizarse de lo que debe aprenderse pero no puede enseñarse? fue la pregunta motivadora de las ocho sesiones. En este artículo, los realizadores de la Cátedra discuten el hilo conductor de la temporada, citando las intervenciones de varios invitados. Se subraya el principal reto vigente de la educación superior, no cumplido aún cabalmente, de prodigar una formación integral, cuya prioridad gravite alrededor del ejercicio ciudadano, de modo que el desempeño profesional no sea un fin en sí mismo, sino uno de los medios para contribuir al bienestar de la sociedad.

## Palabras clave

Cultura, ética, formación, *paideia*, sociedad, virtud

---

<sup>1</sup>Espacio académico institucional impartido en la Sede Medellín de la Universidad Nacional de Colombia.

Con la convicción de que hay asuntos que deben aprenderse, pero que pareciera que no se pueden enseñar, sobre todo en el ámbito universitario, la Cátedra Saberes con Sabor, que ronda por los seis años en la Sede Medellín de la Universidad Nacional de Colombia, dedicó el primer ciclo del 2024, titulado “Aptitud es cuestión de Actitud”, a analizar las brechas entre los conocimientos de carácter científico y el conjunto de valores que compartimos como sociedad. Más allá del aparente juego de palabras del título, la intención apuntó al abordaje del asunto desde diversas aristas, con la intención clara de proponer diálogos y reflexiones sobre la educación con perspectivas y posibilidades amplias y diversas, que atendieran tanto la mirada pedagógica desde las disciplinas, el currículo universitario, como la formación integral de sensibilidades, actitudes y valores, baterías esenciales para la vida en sociedad en clave de ética y con sentido estético.

Lo que subyace en el planteamiento es el reconocimiento de un reto profundo: la búsqueda del equilibrio entre el proyecto personal, sustentado en el desarrollo profesional, y el bienestar social, enraizado en el compromiso de la comunidad universitaria con el entorno; tanto más si se piensa y se desarrolla desde el espectro de la universidad pública, rectora de los procesos de educación en la nación sobre el principio expreso de formación integral.

Orientar la reflexión en ese sentido obliga a cuestionarse el modelo de éxito sobre el que está construido nuestro imaginario. Parte de nuestro bagaje está sustentado en la productividad intelectual como factor de éxito y como aporte al patrimonio intelectual de la sociedad. Sin embargo, con frecuencia la noción de éxito está más ligada a los logros o beneficios económicos que a las satisfacciones o reconocimientos académicos.

Aparece entonces la necesidad de afianzar la formación en actitudes y valores, y de asegurar su apropiación en el perfil de capacidades profesionales para garantizar un ejercicio profesional eficiente en el que el desarrollo de

los saberes disciplinares se conjugue con una dimensión social ética acorde con las necesidades del momento y del entorno. Ese proceso invita a revisar el papel de las instituciones académicas, su desafío de replantear los métodos docentes para ampliar las dimensiones de la formación, más allá de lo técnico y disciplinar, de modo que se puedan abordar con solvencia las realidades actuales y los retos de la multiculturalidad que hoy reconocemos, valoramos y dimensionamos.

### **La universidad como espacio físico y mental**

Preguntarse por el equilibrio entre lo que se enseña y lo que la sociedad requiere es cuestionar el papel de la universidad en la preparación de profesionales idóneos que se desempeñen como buenos ciudadanos. “El concepto de ciudadanía es central”, señalaba la filósofa Adela Cortina en el número 63 de esta *Revista de Extensión Cultural*, y explicaba que

es un concepto que tiene muchos lados; y las universidades tienen que trabajar mucho en la formación de ciudadanos, como hace la Universidad Nacional. Si cada uno trabaja día a día desde su esfera, como ratoncitos de campo, se puede conseguir cambiar las cosas.

Otro filósofo español, Joan-Carles Mèlich (2002), cree que “no hay educación sin ética. Aquello que distingue la educación del adoctrinamiento es precisamente que la primera tiene ineludiblemente un componente ético”. En su *Filosofía de la finitud*, añade que la educación no ocurre en un laboratorio, sino que se desarrolla en un contexto de tiempo, modo y lugar (p. 51). Precisamente, ese soporte sustenta la inquietud de la cátedra: la pregunta por la formación integral para las necesidades de nuestra sociedad, aquí y ahora.

Bernardo Toro, en la sesión de Saberes con Sabor del 22 de mayo de 2024, dijo que “el sistema educativo es una invención, una creación de la sociedad [...] sobre todo de la modernidad [...]. Pero miren lo siguiente: hay tantos sistemas educativos como sociedades y no es posible para una sociedad enseñar todo lo que

sabe”. Según su sentir, uno de los mayores desafíos actuales es “formar profesionales que lo entiendan, para que construyan, en sus espacios de acción, una coherencia en las rutinas y una coherencia ética”. Y se pregunta: “¿Qué es la ética?”, y responde con una mirada pragmática, que trasciende la mirada filosófica y discursiva, para instalarse en lo cotidiano: “la ética está compuesta por los criterios que nos permiten tomar decisiones; o sea, la ética se hizo para tomar decisiones. Entonces, la pregunta es ¿cómo guiar nuestras decisiones?”, y lo puntualiza en dirección a la ética ciudadana:

Hoy hay un criterio de ética que es el siguiente: no importa lo que usted haga, no importa lo que usted piense; si lo que usted hace, dice y piensa está orientado a hacer posible la vida digna de la gente y a cuidar el planeta, su acción es ética.

En ese mismo contexto, Victoria Camps (2003) insiste en que “la ética que hoy necesitamos para el ciudadano, para el sujeto democrático, es una ética que nos lleva necesariamente a pensar en la educación” (p. 11). Esto nos obliga a preguntarnos: ¿cuál es la educación que necesitamos? y ¿cuál es la formación que estamos ofreciendo? Hay que abrir el compás a la dimensión de los entornos y los contextos educativos, de los espacios pedagógicos en una época hiperconectada, cargada de redes y de multiculturalidad, en la que verificamos una confluencia de saberes y conocimientos estructurados. Un mundo en el que es preciso entender que la escuela y la universidad son más que el espacio físico que ocupan, pues también son los lugares mentales que propician, las realidades que confrontan y las creencias que profesan.

### ¿Educar para qué?

“La educación existe por una sola razón: porque el conocimiento no es natural para el ser humano”, dice Bernardo Toro, e insiste: “Lo que es natural es la tendencia a conocer. Pero todo lo que somos, la lengua que hablamos, la forma como hablamos, como muevo las manos, como me visto, cómo hago el amor [...] todo

es aprendido”. Pedro Ortega Ruiz (2018), exdirector de la Red Internacional de Pedagogía de la Alteridad, precisa: “La acción educativa se sostiene en función de que asume que algo es éticamente deseable, que merece ser enseñado y aprendido” (p. 32), “porque no es posible enseñarle a un niño ni a un joven todo lo que la sociedad sabe”, puntualiza Bernardo Toro, y añade:

Imagínesse lo que saben cincuenta millones de colombianos en conocimientos, en prácticas, en tradiciones, en ritos y en mitos [...], todo eso no se puede pasar a la siguiente generación. Viene la decisión que a todos los países les toca hacer: de todo lo que sabe Colombia [...]. ¿Qué es lo que vamos a enseñar a la siguiente generación para los próximos veinte años de vida?

Un riesgo ineludible atañe al seguimiento y la verificación de esas decisiones, debido a la incertidumbre inmediata de los procesos educativos y culturales. Por eso, Bernardo Toro insiste que, en educación, es muy importante tomar buenas decisiones;

que los adultos nos pongamos de acuerdo entre todos en qué es lo que queremos que nuestros jóvenes aprendan y nuestros niños aprendan. Entonces, cuando ese diálogo entre el presente y el futuro es fluido, la educación responde a la esperanza de los muchachos.

Jóvenes que son distintos de sus padres y de sus educadores, a quienes les corresponde habitar un mundo diferente, una época globalizada, empleando otros instrumentos, distintas capacidades y habilidades, pero también otros ritmos y otras preguntas centradas con frecuencia en el éxito personal; como lo señaló en la misma Cátedra, el 22 de mayo de 2024, el profesor Juan Carlos Ochoa, director académico de la Universidad Nacional de Colombia en Medellín: “Entonces, yo soy exitoso de acuerdo al número de *likes* que tenga, y eso no se coteja absolutamente con nada, sino que simplemente estoy recibiendo y recibiendo y a partir de ahí construyo mi idea y mi imagen exitosa”.

Tal noción de éxito, sustentada en la imagen, es posible por el impacto, la conectividad y la globalización de las redes sociales, que provee a las nuevas generaciones de herramientas y oportunidades novedosas; por ejemplo, que una persona viva en un país y trabaje para una compañía radicada en otro. El profesor Ochoa hace hincapié en que, en esos casos, uno no puede impregnarse de la cultura del otro país, porque se sigue viviendo en su entorno y por ende en su propia cultura, aunque, “de todas maneras, el sentido de reciprocidad implica reconocer nuestras responsabilidades hacia los demás y hacia la sociedad en general”, advierte. Esto significa que

debemos entender que nuestro éxito individual tiene necesariamente que ver con el bienestar de los demás y, obviamente, con el entorno en el que estamos viviendo. Hay que recordar que para lograr el éxito se necesitan dos entidades: el individuo y otro individuo, la sociedad, que finalmente va a decidir y va a reconocer si esa actuación es exitosa o es catastrófica;

y concluye diciendo que “la dimensión ética de las profesiones está en su beneficio social”.

### **Una universidad que conversa con la sociedad**

Es evidente que la universidad no tiene las capacidades para resolver todos los problemas estratégicos del país, pero, sin duda, parte de su responsabilidad es procurar entender y ofrecer alternativas de respuesta. No renunciar a conocer, investigar y proponer. Seguramente, implica también una selección juiciosa de las preguntas para establecer alternativas de respuesta. Una decisión que, según Bernardo Toro, pasa por el compromiso de definir qué es lo que vamos a legar, qué vamos a enseñar. Una responsabilidad que, al igual que la calidad de la educación, no puede estar en manos o en el ámbito de decisión de los estudiantes, sino que corresponde a los adultos, y especialmente a los adultos considerados líderes.

Cabe aclarar que, cuando creemos que una decisión le corresponde a la sociedad, entendemos que tampoco

es un asunto solo de los profesores universitarios, del establecimiento o de la universidad como cuerpo colegiado, pues el conocimiento tiene diversas dimensiones y no todo lo que las nuevas generaciones necesitan saber está en los libros o en los saberes disciplinares. La profesora Jimena Puyo, invitada a la Cátedra del 8 de mayo de 2024, hace énfasis en que

el mejor conocimiento disponible se nutre de las ciencias occidentales [...] y también de los conocimientos contextuales, tradicionales, locales. Conocimientos que suelen atribuirse a las comunidades étnicas, pero que no se limita a ellas, dado que hay un gran acervo de conocimiento en comunidades rurales, campesinas, en general en las comunidades que habitan los distintos territorios.

Frente a esa pluralidad de saberes, aclara Jimena Puyo que

es trascendental que todos vinculemos a nuestro quehacer diario ese enfoque complementario que nos permita reconocer el conocimiento, que nos pueda ayudar a resolver los desafíos sociales, cualquiera que sean, desde una óptica mucho más comprensiva, desde una óptica que permite enriquecer el conocimiento, entender los contextos de una forma más adecuada, hacer un intercambio de saberes asertivo y enriquecer, finalmente, las acciones desde diferentes ámbitos, sean académicos, productivos o empresariales.

Como la conocemos, la formación académica es relativamente nueva. El afán por la especialización, la subespecialización y, en algunos casos, la hiperespecialización, corresponde a una tendencia moderna. Sin embargo, parece haber un nuevo interés por regresar a los aprendizajes de la vida, que son más integrales. Una tendencia que implica el reconocimiento y la valoración de otros saberes y de aprendizajes previos a la educación formal, para prevenir que ocurra que “un artesano termine matriculándose en cualquier lugar de educación formal que ofrezca una técnica [...] sabiendo más que el propio profesor, con el fin de tener un certificado del saber que ya tiene”, advierte Jimena

Puyo, porque tenemos “un sistema que remunera con base en los niveles de formación; y muchas veces, un artesano puede que apenas tenga bachillerato [...] y quede rezagado en el mundo laboral, en el reconocimiento a su saber”.

Entonces, además de la dimensión académica, valiosa e indispensable en muchos campos del conocimiento, se debe considerar una variada gama de formas de aprendizaje como resultado de las interrelaciones de una sociedad plural y compleja. Jimena Puyo explica que ese proceso

se denomina aprendizajes a lo largo de la vida y puede darse a través de diferentes formas [...] de trasmisión de saberes, como la autodidacta, la empírica y, volviendo al sector cultural, hay un montón de ocupaciones: el tramoyista, el escenógrafo, quien normalmente es una persona experta, que transmite ese saber a otros.

Conocimientos que se transfieren dialogando, no necesariamente en el ambiente del aula, cuya apropiación no se entiende como una etapa de formación, sino como una actitud de aprendizaje permanente en el curso de vida. Una realidad a la que no puede ser ajena la Universidad, más aún porque sus estudiantes provienen de distintos lugares del país, de distintas etnias y de diversas culturas, con conocimientos e intereses distintos.

Jimena Puyo señala que

la preocupación actual de las universidades es brindar una formación más integral, entendiendo que eso cuenta muchísimo en el mundo laboral [...] porque el profesional se enfrenta a un montón de desafíos que pasan más por [...] habilidades blandas que llaman [...] trabajo en equipo, solidaridad y prelación del bien común. [...] De alguna manera, la educación y la cultura deben ir de la mano; la cultura como una vía que, de forma permanente, alimenta el ámbito de la educación. Es la cultura la que se pregunta para qué educamos a los jóvenes, cómo los educamos, qué tipo de profesionales queremos sacar.

Esta mirada distinta del proceso de enseñanza-aprendizaje requiere también una actitud diferente por parte de los profesores, un replanteamiento de su papel en procura de equilibrar los saberes de cada disciplina con los demás conocimientos. Para ello, es fundamental, como punto de partida, el reconocimiento de esos otros saberes y la aceptación del valor que tienen en lo cotidiano. El profesor debe inspirar, pero también debe dejarse tocar por los otros, entendiendo que, si el proceso de la educación cambia, su rol no puede permanecer inmutable. El profesor, nos recuerda Jimena Puyo,

no es solo transmisor de conocimientos duros, sino que es un guía, un orientador. Un foco de inspiración, un referente que debe llamar a los estudiantes a hacerse más preguntas, a generar más diálogos, más intercambios [...] su papel es cada vez más difícil, porque convive con más dimensiones del conocimiento y del aprendizaje con las que convivimos todos, todo el tiempo.

Y cuando decimos todo el tiempo significa que aprendemos antes, durante y después de nuestro paso por la universidad. Estamos siempre bajo la influencia de múltiples canales de aprendizaje que han desafiado el papel del profesor que conocemos.

El profesor solía ser la fuente primaria de información y al mismo tiempo el referente profesional. Sin embargo, internet y sus motores de búsqueda lo han desplazado de esa función, con claras ventajas en la democratización del conocimiento, pero inmensos riesgos sobre la confiabilidad de la información y de generación de prejuicios, “imaginarios-topo” que minan los fines superiores de la sociedad y la cultura. Hoy en día, el papel del profesor tiene que ver más con enseñar a usar el conocimiento, formar el criterio, animar el debate, tanto sobre los contenidos como sobre los imaginarios que esos contenidos estimulan, y fomentar las inquietudes en la construcción de aprendizajes. El docente se vuelve fundamental como acompañante del proceso de aprendizaje, fortaleciendo la inquietud del estudiante por forjar un conocimiento propio

a través de las habilidades blandas y mediante actividades en las que la valoración ética se vuelve guía esencial en el universo creciente de imaginarios.

### ***Paideia* como sistema de ideas, principios, convicciones y creencias**

Crítico de la educación tradicional, Estanislao Zuleta (1995) sostiene que “en la educación existe una gran incomunicación. Yo tengo que llegar a saber algo, pero ese ‘algo’ es el resultado de un proceso que no se me enseña. Saber significa entonces simplemente repetir”. El pensador colombiano es todavía más contundente: “La educación y los maestros nos hicieron un mal favor: nos ahorraron la angustia de pensar” (p. 22) y ciertamente pensar se convierte muchas veces en un reto, en tanto se desafía el conocimiento y, con frecuencia, a sus transmisores.

Se hace inaplazable idear un modelo de educación que supere la transmisión de conocimientos motivada por la preparación para el desempeño laboral. Una mirada distinta, orientada hacia la formación para la ciudadanía, la convivencia y la inserción en las diferentes esferas institucionales. Y en esa lógica, la educación debe motivar la reflexión permanente y la actitud de discernir entre lo que está bien y lo que está mal; debe fomentar el pensamiento tanto crítico como estratégico, forjar el criterio y entrenar la sensibilidad en clave de responsabilidad sobre los compromisos inmediatos y las consecuencias futuras.

“Una democracia es una sociedad donde todos nos estamos educando permanentemente unos a otros”, dijo Fernando Savater en Medellín, hace un par de décadas. Explicó que aprendimos de los griegos que la democracia necesita de la *paideia* porque

democracia y educación son inseparables, pero también son tareas que no terminan en un momento determinado. Se educa, por supuesto, en las escuelas, los institutos y las universidades, pero también en las familias, y tienen que educar los medios de comunicación, los artistas y los literatos, los directores de

cine; también tienen que educar los políticos con su propio ejemplo, aunque a veces den ejemplos educativos a contrario, como dirían los clásicos (Savater, 2003, pp. 39-40).

La *paideia*, vital en la Grecia antigua, gravita en los elementos de la formación que le permiten al individuo ser una persona apta para ejercer sus deberes cívicos. Se trata de la transmisión de valores (saber ser) y la transmisión de saberes técnicos (saber hacer). A ese mismo concepto se refiere Victoria Camps (2003b), al reconocer que hoy “casi todo nos lleva al tema de la educación”, y deberíamos recuperar “la conexión de la ética con la virtud y con la *paideia*, con la educación [...] una forma de entender la virtud, la ética y la educación” (p. 37).

Por su parte, el profesor Juan Carlos Ochoa Botero dice que

en la virtud se debe, ante todo, educar en el hábito, en el bien hacer, que verdaderamente es lo que lleva al éxito. Y ese éxito lo reconoce la sociedad. Muchas veces les digo a mis estudiantes que uno no debe estudiar para conseguir algo, y eso lo recuerdo de mi profesor de filosofía de bachillerato que nos decía, “pues si van a estudiar para tener plata están perdiendo el tiempo”. Un profesional exitoso, y llamo profesional exitoso al profesional virtuoso, no solamente al que tiene conocimientos y es capaz de aplicarlos y resolver problemas industriales o de servicios de una manera efectiva y eficaz, sino a aquel profesional al que la sociedad le reconoce su calidad. Eso ya lo hace exitoso y, con seguridad, detrás viene la plata.

Es al oro de la virtud al que sigue la plata del bienestar, un orden que no parece poder invertirse.

Las virtudes y los valores a los que se refiere el profesor Ochoa hacen parte de los hábitos de una sociedad. Por eso, insiste en que el hábito debe ser parte fundamental del proceso de formación:

Nos da mucha dificultad entender qué es formación integral, pero, por ejemplo, estoy formando inte-

gralmente cuando tengo una galería de arte permanentemente dispuesta y los estudiantes crean el hábito de ingresar a ella para desarrollar una apreciación estética diferente a la que han venido elaborando en su trayectoria profesional, su historia de vida. Son esas formas de educar desde la cotidianidad, desde las cosas, digamos diferentes, que se pueden hacer en una universidad o en un colegio.

Para los griegos, el proceso de formación de los futuros ciudadanos, la *paideia*, era un proceso largo, de adquisición de conocimientos y de entrenamiento en actitudes. Pensaban que sin educación no hay cultura y sin cultura no es posible el ejercicio de la ciudadanía. Por eso, se procuraba una formación completa, integral, de la persona. Un proceso enfocado al mismo tiempo en el desarrollo intelectual, moral, físico, e incluso estético. Semejante modelo de educación se cimienta en el desarrollo ético y moral. Para los griegos era fundamental inculcar valores como la justicia, la valentía, la moderación, la lealtad y el respeto a los demás; virtudes cardinales que son las columnas del espíritu mismo. Cuando se piensa en recuperar ese modelo de educación, lo que se nos propone es rescatar el cultivo de la razón, el fomento del análisis, el desarrollo de habilidades de pensamiento crítico y estratégico, el entrenamiento de la sensibilidad. Además, implica una motivación permanente a participar de lo público y desarrollar destrezas que le permitan al ciudadano asumir responsabilidades. Un modelo que pretende formar ciudadanos capaces de defender y sustentar su cultura con valores éticos y estéticos; un proceso que no termina nunca, que siempre está en construcción y que tiene una relación permanente con el hacer.

Bernardo Toro dice que para saber cuáles son los valores con que se están formando a los niños y los jóvenes no hay que recurrir a los manuales ni a lo que declaran las instituciones: “Mire la rutina de la escuela. Con esas rutinas están formando a sus hijos. Las rutinas [...] son las que forman nuestro comportamiento y nuestros valores”. Y continúa:

Una sociedad es coherente éticamente cuando todas las rutinas, los espacios de socialización donde ocurren las rutinas, tienen el mismo proyecto ético; pero cuando hay diferentes proyectos éticos viene la dualidad moral. Voy a poner un ejemplo, el de siempre, porque es muy obvio: en tercer grado a los niños les enseñan competencias ciudadanas, que todos somos iguales, y les leen el artículo de la Constitución. El niño va a la casa y la mamá le pregunta: “hijo, ¿qué te enseñaron?”, “Ay, mamá, que todos somos iguales”. Al rato el niño le dice a la mamá: “invité a Luisito a jugar fútbol a la casa”, y la mamá le dice: “aquí no entran negros”. En ese momento el niño descubre la dualidad moral: que Luisito puede ser su amigo en la escuela, pero que ni siquiera lo puede nombrar en la casa. Pues eso pasa, entonces hay un modelo ético en la Iglesia y un modelo ético en el trabajo. Entonces viene la dispersión y la ambigüedad moral, porque no compartimos como sociedad el mismo proyecto ético.

En el mismo sentido, la profesora María Helena Vivas reflexionaba en la Cátedra del 6 de marzo de 2024 que

vale la pena tener un espacio dedicado a las reflexiones de naturaleza ética. Pero [...] la reflexión debe estar presente en todo, porque todo está dirigido a mejorar la vida de los seres humanos, [...] yo diría que en cualquier carrera hay que reflexionar, [...] eso debe estar presente en la vida del maestro y esa vida del maestro, ese currículo oculto es llevado al aula; esa reflexión a partir de los problemas o de las situaciones que nos planteamos diariamente como profesores en la interacción con los estudiantes. Además, está el testimonio o la vivencia del profesor en su vida cotidiana, como ejemplo que debería ser en sus interacciones con los estudiantes.

De nuevo, una imagen del profesor que inspira, no solo que transmite datos. Sin duda, un maestro que educa a partir de las reflexiones que propone, pero también de su comportamiento y de la manera de plantear los temas, abordar los contenidos y ponderar lo que es correcto, de acuerdo con la escala de valores de su comunidad.

## Un mundo con necesidades diversas

Sería iluso pensar que las sociedades van a revertir sus procesos educativos y a reconfigurar sus modelos en búsqueda de un proceso más integral, parecido a la *paideia* de los griegos. Implicaría, como línea de base, la identificación de una escala de valores común, y, cuando menos, una propuesta ética compartida. Peor, la realidad es mucho más compleja, las necesidades de conocimiento son diversas y las motivaciones para acceder a él también.

Jimena Puyo reconoce que los jóvenes

muchas veces buscan una formación en competencias más rápida, más concreta, que los lleve a vincularse a algunos nichos productivos y de servicios del sector terciario, [...] y eso ha generado un montón de reflexiones en el sector académico de cómo adaptar esa oferta educativa.

Como es entendible, la universidad no puede desatender esa demanda, pero tampoco puede reducir su proceso de formación a la generación de competencias específicas sin mirar el entorno y sin fomentar la reflexión. Ese papel de la universidad es irrenunciable;

lo que hay que encontrar es ese punto medio o ese punto ideal donde los jóvenes descubran el valor diferencial en una formación académica que brinda una universidad, pero, al tiempo, puedan tener una mayor flexibilidad en las formas y rutas de aprendizaje de las carreras laborales, que son cambiantes en los tiempos que estamos viviendo,

dice Jimena Puyo.

Es un mundo que va cambiando, en el que surgen necesidades diversas para las que hay que construir respuestas. Necesidades del sector productivo, del sector de servicios, que como lo expresa Jimena Puyo, demandan

unas competencias distintas, flexibles, adaptables. Creo que lo que está ocurriendo es muy interesante,

hay que seguirle permanentemente la pista para saber cómo acomodar a las universidades en todo este cambio social mundial, porque no es un fenómeno de Colombia, sino del mundo entero, que sin duda impone unos desafíos muy interesantes.

Desafíos que deben enfrentarse con la capacidad de adecuar los currículos, pero también el tipo de oferta que las universidades les hacen al sector productivo y a la sociedad. Leer el entorno y ofrecer respuestas asertivas a las necesidades de formación sin abandonar la capacitación de los ciudadanos que el momento necesita. Jimena Puyo ve,

con mucha satisfacción, o esperanza, que las universidades cada vez se vinculan más a trabajos de consultoría para resolver, en la práctica, desafíos sociales que van nutriendo esos currículos y adaptando lo que les ofrecen a los estudiantes, porque la universidad, de forma directa, se mete a resolver problemas, a desarrollar proyectos; y es una forma también como puede ir vinculando rápidamente a los estudiantes en la práctica laboral [...]. Veo a la academia muy atenta y de alguna manera sacudiéndose mucho a todo nivel para poder entender y responder a los cambios que estamos viviendo.

## Tejer en red a partir del diálogo de saberes

Esa relación renovada de la universidad con el entorno, esa conversación permanente con la sociedad implica un trabajo colaborativo, sustentado en el principio de la solidaridad, pero de una solidaridad resignificada, es decir, no se corresponde con el concepto de solidaridad del siglo XIX ni con el de la cooperación del siglo XX. Es un tipo de relacionamiento y trabajo conjunto que se parece más a un tejido en red, una construcción de valor a partir del trabajo colectivo.

Se trata de ir más allá del reconocimiento de otro tipo de saberes para tejer colectivamente una red que permita afrontar los desafíos, que suelen expresarse en los contextos locales, en ambientes cercanos, pero que se reflejan en la conexión global de manera irremediable. Jimena Puyo lo explica con un ejemplo concreto:

El cambio climático es tal vez el desafío más importante que enfrentamos como humanidad, es un problema global, pero se expresa de diferentes formas en los distintos territorios, afectando también a las poblaciones. Ese tipo de retos, los de la convivencia, la democracia, los grandes desafíos de nuestra sociedad, implican irremediablemente un trabajo en red y una mirada multidisciplinar.

Una manera diferente de afrontar los desafíos en la que los conocimientos diversos tienen voz, y que, como señala Puyo, implican diálogos que antes

eran improbables entre la ciencia y los conocimientos tradicionales, porque estamos entendiendo que para enfrentar, por ejemplo, el cambio climático, hoy estamos reivindicando una metodología de abordaje de los desafíos sociales como la solución basada en la naturaleza, y que se ha ido desarrollando de manera paralela, o, diríamos, con otro enfoque, que son las soluciones basadas en las comunidades. Entonces, de alguna manera esas soluciones basadas en la naturaleza, que son aquellas, como su nombre lo indica, basadas en esa capacidad que tienen los ecosistemas y los distintos elementos y recursos de la naturaleza para generar efectos muy relevantes para los desafíos que tenemos, vienen de alguna manera a reivindicar y a poner en valor esos conocimientos específicos, tradicionales, ancestrales de las comunidades en los territorios que han tenido un contacto directo con esos elementos de la naturaleza desde que existen, y que hoy empiezan a reivindicarse, pero a estar también de la mano y a nutrirse y enriquecerse con lo que puede ofrecer la ciencia, y con unas posibilidades de replicarse en otros lugares, de sistematizarse, de mejorarse, de aplicarse de forma diferencial.

Una suma potente de conocimientos para enfrentar de manera más efectiva los desafíos urgentes. Un trabajo en red para encarar esos retos con el aporte de las comunidades locales, la academia, el sector productivo, la sociedad civil y el Estado, fomentando un tejido social capaz de alcanzar metas efectivas. Conocimientos que se complementan y entretienen a partir del diálogo y la construcción colectiva, a partir del reconocimiento de la diversidad, aún dentro de las

propias universidades en las que conviven estudiantes de diferentes clases sociales, géneros y creencias, comunidades indígenas, comunidades afro, personas que provienen de diferentes regiones y diversas culturas, porque debemos reconocer que no somos un país homogéneo, sino multicultural, heterogéneo, rico y diverso.

Una mirada que, inevitablemente, parte de la necesidad de superar un modelo sustentado en un sistema que ya no es pertinente porque no refleja el modelo de sociedad actual. Con su formación en derecho y en filosofía política, Jimena Puyo nos recuerda que el sistema de derechos al que nos adherimos en Occidente se basa en un

modelo ciudadano capacitado y facultado para ejercer derechos y obligaciones, para ejercer facultades ciudadanas, que tiene las siguientes tres características: hombre, blanco, heterosexual. Todo lo que estuviera por fuera de esas tres características era marginado, aislado, asimilado, discriminado o excluido. Sí, y ahí es cuando comprendemos por qué ese concepto de ciudadanía, entendida como derechos comunes, se empieza a transformar hacia un concepto de ciudadanía diferenciada; como también la educación y la cultura, que cumplieron un papel fundamental, homogeneizador y unificador al momento de constituir nuestros Estados-nación, al momento de la independencia en el caso de Colombia. Necesitábamos pegarnos como nación y definir nuestra colombianidad y demás. Ahí es donde la educación y la cultura están al servicio de ese proyecto, digamos, político de nación. Pero hoy, al contrario, la educación y la cultura cumplen una función diferenciadora de pluralizar, de democratizar, de reconocer la diversidad cultural.

Podremos decir entonces que se configura un nuevo concepto de ciudadanía que permea todas las estructuras sociales y políticas y que implica una reivindicación de grupos poblacionales minoritarios, justamente aquellos que no encajan con el concepto de ciudadanía. Es el caso de las mujeres, algunas comunidades religiosas, comunidades étnicas, comunidades LGTBI y otras más.

## La superación de un sistema que

empezó relegando a todo el que no encajara con ese parámetro de hombre blanco heterosexual y que se ha ido transformando de forma muy necesaria en un proceso de acomodación, reconocimiento y reivindicación en desarrollo. Ahí es donde empiezan a surgir en el mundo entero, y en nuestro país, todas las políticas de multiculturalismo, de reconocimiento, de identidad y de diversidad cultural. Es que fíjense que todo ese reconocimiento a nuestra diversidad cultural empieza solo en la Constitución del 91, que tiene como pilar precisamente esa diversidad cultural y la participación. Es algo muy nuevo. Quizá todos esperábamos que esos cambios se dieran más rápido y que ya no hubiera comentarios públicos tan dañinos y discriminatorios,

dice Jimena Puyo.

Un nuevo concepto de ciudadanía obliga una mirada distinta desde la educación y desde las instituciones, que rompa con la frecuente aproximación de la universidad a la sociedad desde una postura arrogante, haciéndole saber que se tiene como objeto de estudio, o, peor aún, con el sentido misionero de quien aporta soluciones infalibles a sus problemas. El nuevo concepto de ciudadanía implica una actitud diferente, basada en el respeto y el reconocimiento del otro como un par, como coautor en la conversación.

### **La búsqueda del bienestar común: la conclusión deseada**

Una universidad más conectada con los territorios, respetuosa de otros saberes y consciente del equilibrio necesario entre la formación del ser y la formación para el hacer, necesariamente es una institución que se ocupa de buscar el bienestar común, de ayudar a mejorar la vida cotidiana en el entorno.

Ese es el escenario de la consciencia y el reconocimiento. La profesora Elvia María González, invitada a la Cátedra de Saberes con Sabor del 5 de junio, para el cierre del primer ciclo del 2024, anotaba que es muy importante

no solamente saber algo o saber hacer algo, sino saber que sabemos hacer algo. Es el sentido de esas reflexiones que nos atraviesa más que los contenidos propiamente dichos, porque la ciencia está en la red y los conocimientos están en la nube; pero el asunto es saber resolver los problemas, saber qué hacemos con el conocimiento y con los problemas que tenemos en nuestro trabajo y en nuestra vida. Entonces, esa actitud que tenemos frente al conocimiento, que yo creo que es un asunto de pasión, de deseo, de saber y lo que a nosotros como universidades públicas nos caracteriza, que es estar comprometidos con la justicia social, es un asunto que llevamos por dentro y que lo podemos comunicar y que obviamente se debe basar en evidencias y en conocimientos ciertos, pero que ese deseo y esa pasión, esa actitud que tenemos frente al conocimiento y a la vida, frente a los problemas sociales para poder ayudar a resolverlos, me parece a mí trascendental desearlo, hacerlo, tener acción, y tener esa actitud frente a la vida es lo que hace la diferencia grande entre los profesionales, inclusive entre las universidades públicas, para poder contribuir a un mejor vivir, a un buen vivir entre las comunidades a las que pertenecemos.

Una manera diferente de concebir el papel de la educación y su relación con la comunidad.

Monica Reinartz Estrada, invitada a la misma Cátedra, enfatiza que el conocimiento de la vida también tiene que ver con lo disciplinar, lo técnico y lo científico. Por eso, argumenta, debemos preguntarnos “qué hacer con ese conocimiento”, y reconoce, “viene a mi mente la idea de servirle a la comunidad, sea académica o extraacadémica, buscar la forma de resolver unos problemas pertinentemente y con un compromiso de responsabilidad social, ética y estética, por supuesto”. La profesora Reinartz insiste en que ese conocimiento debe ser disfrutado, que el proceso de aprender debe dar lugar al goce.

Es una opción muy interesante y además de ser interesante es altamente contagiosa. Y viene a mi memoria una anécdota de Borges, que es uno de mis favoritos: allá en el 85, en la Universidad de Córdoba,

Argentina, lo entrevistaron y él tenía fama de ser un excelente profesor de literatura inglesa. La pregunta fue: “¿Cómo hace para enseñar literatura inglesa?”. Y dijo: “No, es que yo no enseño literatura inglesa, yo contagio el amor por la literatura en inglés”. Entonces esa dimensión del placer, de la pasión, debe estar incluida, es decir, eso se puede contagiar. Y si estás pleno de esa sensación y esa emoción con tu saber y que, por supuesto, es perfectible, seguramente se van a lograr hacer aportes muy interesantes a la sociedad o a la comunidad, y otros, más atrevidos, hablan de “a la humanidad”. Yo creo que sí. Es decir, esas dimensiones también son posibles de abordar no solo en lo individual, sino totalmente en lo colectivo.

Ambas profesoras se refieren al proceso de aprendizaje como un lugar para la pasión, el deseo y el disfrute, que no son propiamente las referencias más comunes en el contexto pedagógico. En eso también insistía Estanislao Zuleta (1995), para quien “enseñar es incitar a amar lo que uno desea. Todo lo demás son catálogos, enseñanzas huecas, datos de profesores” (p. 114).

Si se puede enseñar a amar lo que se desea, la figura del profesor cada vez se hace más clara como inspirador. Pero más que un asunto de generación espontánea es un tema que debe planearse y hacerse consciente, incluirse como parte de los elementos transversales al currículo. “Uno de los asuntos que deben transversalizar las ciencias es la apuesta ética y estética”, dice la profesora Elvia González, y explica que, si

uno quiere ser un científico o un investigador, alguien que proponga algo nuevo en las artes o en la técnica, uno debe tener sensibilidad, capacidad para ver lo diferente donde el mundo lo ve todo igual y ahí hay un momento de creación. O sea, la creatividad se enseña, la sensibilidad se enseña, la ética se enseña, yo creo que sí; pero todo es una visión holística de este tipo de discurso que nosotros enseñamos. Y ese tipo de discursos sí tienen que ayudar a los procesos sociales.

Una mirada que implica un proceso de formación singular, que parte de las características propias,

pero que a la vez conforma una comunidad, dada la satisfacción de pertenecer a un grupo, de construir con él, cooperar con otras personas y procurar el bienestar de esa comunidad. Una relación de enseñanza-aprendizaje que no separa lo emocional de lo intelectual, que valora “la emoción como un motor, incluso de lo racional”, dice la profesora Monica Reinartz, quien añade que debe ser posible hablar de las emociones:

Puede haber pereza, tedio en una clase, es que esos también son sentimientos o sensaciones o emociones, y de eso también se aprende. Cuando hablo de emociones, no necesariamente todas tienen que ser positivas y amorosas, pero sí tienen que dárseles una dimensión desde el autoconocimiento. Es que esa dupla profesor estudiante, y yo diría más bien una tripleta profesor, estudiante y aula, lo que pasa dentro del aula más allá de cuatro paredes, esa aula extendida donde incluimos lo estético, lo sociopolítico, lo humano, todo ese paquete de cositas que traemos todos, que es muy difícil dejar fuera del aula y que en ciertos momentos aparece, pues es parte del aprendizaje.

Como es lógico, los ajustes curriculares, sobre todo aquellos que se consideran transversales al currículo, deben incluir temas que antes no existían en la conversación pública y sobre los cuales no solo hay que hablar, sino que son susceptibles de enseñar, temas como los asuntos de género, el cambio climático y el medioambiente, la sostenibilidad, la economía circular, el goce de derechos y muchos otros en los que cuentan no solo los contenidos, sino las formas, las actitudes, los comportamientos y las reflexiones.

“Tienen que aparecer nuevos conceptos, y eso es una prueba de la evolución de la educación y de la mirada que nosotros como seres humanos le damos a este ámbito tan importante”, anota la profesora Reinartz, y hace hincapié en que eso nos mueve a hablar de la esencia de lo que queremos. Una reflexión sobre lo que sucede en el proceso pedagógico que lleva a un concepto de rehumanización de la educación.

Entonces la experiencia o las vivencias que tenemos en el aula de clase y en esa relación académica o

educativa en la universidad, dentro del aula, fuera del aula, enseñando o aprendiendo ciencia, pero también esas otras cosas que de pronto te copian los estudiantes y que después, cuando te los encuentras, te dicen “ay, yo me acuerdo de tal cosa en una clase”, y de pronto ni siquiera fue del tema de clase, sino más bien una cuestión de actitud.

La profesora Elvia González advierte que se requiere un equilibrio entre los contenidos y las reflexiones éticas y de otra naturaleza, porque con frecuencia algunos profesores suelen ser muy bien calificados por los estudiantes en razón a su cercanía, pero en realidad no enseñan los saberes disciplinares que deberían. Insiste en que debe haber equilibrio “entre lo que aporta el profesor, con las didácticas, para lo que es muy importante la formación y el disfrute y los contenidos”.

Entre tanto, Monica Reinartz recaba en la necesidad de hacer del ejercicio pedagógico una búsqueda de la felicidad.

Nos cuesta mucho ser felices. Es muy bueno, mas no es un estado permanente. Me pregunto si no será más bien que el objetivo o la meta de uno, que ojalá la pueda compartir en algún momento, es la de ser consciente de quién soy y en algún momento de ser conscientes de quiénes somos. Y de pronto ese ser consciente puede llegar un día a ser un estado permanente de conciencia y ahí ya cabría la felicidad, el amor, etc.

Un proceso de educación basado en el amor, no romántico sino racional, de empatía y de encuentro con los demás, que necesariamente lleva a la búsqueda de soluciones para afrontar los problemas comunes, a la idea de un bienestar común. Monica Reinartz nos recuerda que Platón unía el concepto de amor con el de bondad, mientras que Sócrates decía que la emoción tendría que estar ligada a la verdad. Y cierra con una invitación a leer *El arte de amar*, del alemán Erich Fromm, quien dice que el amor es “una práctica de autoconocimiento y eso es el aprendizaje”. Una práctica, como creían los griegos, era la *paideia*,

una práctica de la educación y la política que sumara en la deliberación pública y democrática sin perder peso y respeto intelectual.

## Referencias

- Camps, V. (2003a). El concepto del buen ciudadano. En *Ética y ciudadanía* (págs. 11-34). Corporación Ateneo Porfirio Barba Jacob.
- Camps, V. (2003b). La tríada educativa. En *Ética y ciudadanía* (págs. 35-58). Corporación Ateneo Porfirio Barba Jacob.
- Mèlich, J.-C. (2002). *Filosofía de la finitud*. Herder.
- Ruiz, P. O. (2018). Ética y educación: una propuesta educativa. *Redipe*, 7(8), 30-45.
- Savater, F. (2003). *Ciudadanos para tiempos de dificultad*. Corporación Ateneo Porfirio Barba Jacob.
- Zuleta, E. (1995). *Educación y democracia, un campo de combate*. Corporación Tercer Milenio-Fundación Estanislao Zuleta.